

Preludio

“ (...) Leonard Mead dobló por una calle lateral hacia su casa. Estaba a una manzana de su destino cuando un coche solitario apareció de pronto en una esquina y lanzó sobre él un brillante cono de luz blanca. Leonard Mead se quedó paralizado, casi como una polilla nocturna, atontado por la luz.

Una voz metálica llamó:

—Quietos. ¡Quédese ahí! ¡No se mueva!

Mead se detuvo.

—¡Arriba las manos!

—Pero... —dijo Mead.

—¡Arriba las manos, o dispararemos!

La policía, por supuesto, pero qué cosa rara e increíble; en una ciudad de tres millones de habitantes sólo había un coche de policía. ¿No era así? Un año antes, en 2052, el año de la elección, las fuerzas policiales habían sido reducidas de tres coches a uno. El crimen disminuía cada vez más; no había necesidad de policía, salvo este coche solitario que iba y venía por las calles desiertas.

—¿Su nombre? —dijo el coche de policía con un susurro metálico.

Mead, con la luz del reflector en sus ojos, no podía ver a los hombres.

—Leonard Mead —dijo.

—¡Más alto!

—¡Leonard Mead!

—¿Ocupación o profesión?

—Imagino que ustedes me llamarían un escritor.

—Sin profesión —dijo el coche de policía como si se hablara a sí mismo.

La luz inmovilizaba al señor Mead, como una pieza de museo atravesada por una aguja.

—Sí, puede ser así —dijo.

No escribía desde hacía años. Ya no vendían libros ni revistas. Todo ocurría ahora en casa como tumbas, pensó, continuando sus fantasías. Las tumbas, mal iluminadas por la luz de la televisión, donde la gente estaba como muerta, con una luz multicolor que les rozaba la cara, pero que nunca los tocaba realmente.

—Sin profesión —dijo la voz de fonógrafo, siseando—.

¿Qué estaba haciendo afuera?

—Caminando —dijo Leonard Mead. (...)”

Fragmento de “El Peatón”, de Ray Bradbury, publicado en Las doradas manzanas del sol (1952/1953)

Este desafío que llamamos Prosódica nos convoca nuevamente a persistir en el vuelo rasante, ese que roza el agua y el polvo y vuelve a remontar con el entusiasmo renovado de presentar esta tercera entrega.

Creando, sin el cuidado de desear, aquello que nos permite transformar pesadilla en realidad: juego y ensueño donde intentar transmitir alguna emoción, una genuina marca de sensibilidad personal que nos haga sentir otra vez en plenitud de abril.

Acá vamos; con el riesgo del error, la felicidad del acierto y la certeza de que lo indispensable es transitar.